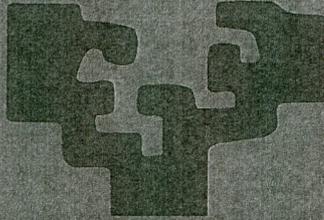


eman ta zabal zazu



universidad  
del país vasco

euskal herriko  
unibertsitatea

**UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO  
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA**

**DEPARTAMENTO DE FILOLOGIA INGLESA Y ALEMANA  
INGLES ETA ALEMANIAR FILOLOGI SAILA**

# **TRANSVASES CULTURALES:**

**LITERATURA**

**CINE**

**TRADUCCIÓN**

**Eds.: Federico Eguíluz  
Raquel Merino  
Vickie Olsen  
Éterio Pajares**

Edita: FACULTAD DE FILOLOGIA  
Dpto. Filología Inglesa y Alemana  
Imprime: EVAGRAF, S. Coop. Ltda.  
Alibarra, 64 - Vitoria  
D. L. VI - 139 - 1994  
I.S.B.N. - 84-604-9520-5  
Vitoria-Gasteiz 1994

## UNA POSIBLE SALIDA A LA TENSIÓN ENTRE LITERALIDAD Y LIBERTAD: LA TRADUCCIÓN COMO TAREA HERMENÉUTICA

Teresa ROCHA BARCO

El problema central que se plantea al traducir tiene su origen en la propia definición del término. Pues ¿qué es traducir?... Muchas veces (aunque no siempre) es verter a otra lengua el significado de un texto conservando el mismo sentido pretendido por su autor. El sentido común nos dice que esta tarea debería resultar simple, ya que ha de ser posible decir en otra lengua lo mismo que ya se ha dicho en una primera. Sin embargo, posiblemente ustedes, traductores, la vean complicada, artificial y hasta fraudulenta, porque cuando uno habla una lengua que no es la suya finge ser alguien que no es. De aquí que en muchos tipos de texto (legales, administrativos...) se caiga frecuentemente en la tentación de pasar a la lengua terminal el mayor número posible de palabras de la lengua original. Pero la pena es que la traducción no puede simplemente reproducir, o ser, el original. Por eso la principal tarea del traductor es... traducir. ¡Esa es la cuestión!

De acuerdo con ello, el dilema básico, radical, de todo traductor es el que le plantea la posibilidad de la libertad. ¿En qué medida está permitido traducir libremente? ¿Cuándo es imprescindible la literalidad?... A lo largo de la historia, todas las reflexiones en torno a la traducción se han centrado en esta cuestión de la fidelidad, que ha suscitado verdaderos enfrentamientos de odio intelectual en los que puede decirse que la teoría del sentido, es decir, del sometimiento del traductor a lo que quiere decir el texto, más que a su literalidad estricta, ha sido la dominante (ya Lutero despreciaba a los partidarios de la traducción literal, llamándoles *Buchstabilisten*).

Hoy se suelen diferenciar, en este sentido, la traducción literaria de la no literaria o técnica: mientras que esta última debe ser fiel y plenamente segura, exacta, rigurosa, científica, clara y precisa, cosa que sólo el conocimiento de la materia (la especialización) hace posible, en la literaria es necesario captar la fuerza y la belleza con que se dice el contenido y por eso no puede limitarse a la mera reproducción de las ideas. Desde este punto de vista, el traductor literario estaría obligado a transmitir o comunicar un contenido, y a reproducir una forma. Y el grado de mayor o menor fidelidad que debiera guardar en la reproducción de estas dos dimensiones del texto dependería de la mayor o menor importancia que ambas tuviesen en el original: cuando el peso del contenido fuese muy grande (en la llamada *Gedankenlyrik*, por ejemplo) una cierta libertad en la reproducción de la forma podría ser excusable, si no obligada. Y viceversa:

cuando lo fundamental del valor de un poema se encontrara en su dimensión formal, el atenuamiento estricto a la literalidad de lo que el poema dice podría no tener importancia primordial.

Suele admitirse también que la posibilidad mayor o menor de reproducir de un modo fiel la forma de un poema es función de la mayor o menor isomorfía entre la lengua de partida y la lengua de llegada. En cuanto a la posibilidad de reproducir el contenido, Valentín García Yebra afirma lo siguiente:

*La unicidad de la obra literaria, su carácter predominantemente subjetivo, la connotación y la plurisignificación que impregnan su estructura verbal, son obstáculos, en parte invencibles, para su comprensión total.(...) ningún traductor comprenderá jamás la totalidad del mensaje de una obra literaria escrita en lengua ajena. ¿Y cómo podrá, entonces, traducir, trasladar este mensaje a los lectores de su propia lengua? En el mejor de los casos, traducirá todo lo que haya comprendido. Pero no podrá traducir lo que no comprenda. En este sentido, es cierto que la traducción resulta faena utópica, tarea imposible, empresa desesperada.<sup>1</sup>*

Como vemos, el literalismo suele ser considerado un ideal utópico, que el cinismo de la práctica se encarga de rechazar. Así, puede afirmarse que toda la dialéctica metodológica en torno a la traducción lo que hace es legitimar este dilema fundamental del traductor, que necesita *a posteriori* justificar su trabajo ante el reproche que él mismo se hace.

Pero este tipo de posturas lleva implícito, pienso, un cierto menosprecio de la labor del traductor, cuyo oficio se considera el de un mero comunicador o intermediario entre hombres separados por barreras lingüísticas. Un traductor es algo distinto: algo más. Intentaremos demostrarlo con ayuda de Gadamer y de la hermenéutica.

Ciertamente (y más teniendo en cuenta este marco teórico que describimos), nos parece que la principal aportación del modelo hermenéutico es un modo distinto de aproximarse al fenómeno del traducir, basándose en lo que sus seguidores denominan la *dimensión hermenéutica* de la traducción. Se trata por tanto de una contribución parcial, sin pretensiones de exhaustividad, a los estudios que se realizan en torno a la traducción, pero que puede sustentar, a mi modo de ver, ideas nuevas, revolucionarias, que nada tienen que ver con las anteriores, hoy mayoritariamente admitidas, por otra parte. Una nueva concepción que pasa, en primer lugar, por una revalorización de la labor del traductor, que será considerado como un verdadero intérprete del texto original: "Todo traductor es intérprete", afirma Gadamer tajantemente.<sup>2</sup>

La traducción es, a fin de cuentas, trasmisión de cultura. Toda comunicación descansa, en última instancia, en el trasvase de significado de un emisor a un receptor. Y es precisamente el estudio filosófico del significado el punto de partida de la hermenéutica aplicada a la traducción. Los trabajos de Heidegger,

Gadamer y Derrida consideran que el significado es específico de cada cultura y, por tanto, es imposible reproducirlo en su totalidad en un medio diferente del que lo produjo: siempre hay pérdidas. Pero esto se admite con naturalidad, sin que suponga algo traumático para el traductor:

*Cuando es necesaria la traducción no hay más remedio que hacerse cargo de la distancia entre el espíritu de la literalidad originaria de lo dicho y el de su reproducción, distancia que nunca llega a superarse por completo.*<sup>3</sup>

La tarea del traductor es transportar a una segunda lengua lo que ya se ha dicho en otra: si como lector lo que recibe es una multiplicidad indeterminada, su tarea será definir la dirección que va a tomar su significado en el texto final antes de proceder a su transferencia. El foco de atención de quienes siguen este método está, pues, en la intención y capacidad interpretativa del traductor, que nunca coinciden con las del autor original, ni tienen tampoco por qué hacerlo. Así, siempre es posible traducir, porque no existe la igualdad, sino la equivalencia en la diferencia. Por ello también, la imposibilidad de ser totalmente fieles al original deja de constituir una frustración. Y vuelvo a citar a Gadamer:

*...por mucho que el traductor haya logrado introducirse y recrear los sentimientos del autor, la traducción no es una simple resurrección del proceso psíquico original del escribir, sino una recepción del texto realizada en virtud de la comprensión de lo que se dice en él. No cabe duda de que se trata de una interpretación y no de una simple correalización. Se proyecta, sobre todo, una nueva luz procedente de la nueva lengua y destinada al lector de la misma. La exigencia de fidelidad que se plantea a una traducción no puede neutralizar la diferencia fundamental entre las lenguas. Por muy fieles que intentemos ser, nos encontraremos, sin embargo, en situaciones en las que la decisión habrá de ser en cualquier caso inadecuada. Si queremos destacar en nuestra traducción un rasgo importante del original sólo podemos hacerlo dejando en segundo plano otros aspectos o incluso reprimiéndolos del todo. Pero ésta es precisamente la clase de comportamiento que llamamos interpretación.*<sup>4</sup>

Ahora bien, ¿en qué consiste exactamente esta labor de interpretación? Gadamer nos da la clave en otro pasaje: “La tarea de reproducción propia del traductor no se distingue cualitativa, sino sólo gradualmente de la tarea hermenéutica general que plantea cualquier texto”<sup>5</sup>. Consideremos, pues, brevemente qué es lo que entiende el filósofo alemán por una “tarea hermenéutica”, para poder deducir después las consecuencias más radicales de la aplicación de este concepto al ámbito de la traductología.

En una época como la nuestra, en la que predominan las ideas de cambio y progreso, Gadamer (continuando la herencia de su maestro Heidegger, en quien

tiene su origen la “hermenéutica filosófica”, que no es un método de comprensión, sino una descripción fenomenológica de cómo ocurre de hecho nuestra comprensión) reclama el valor de la tradición, no para caer en la nostalgia romántica de la misma, sino con una finalidad fundamentalmente epistemológica. Para Gadamer, la plenitud de toda tradición es la escritura, ya que gracias a ella es como pasa a formar parte de nuestro propio mundo, pues el pasado vivo conservado en el texto escrito puede ser constantemente rescatado por nosotros mediante la lectura. Gadamer, siguiendo las ideas de Humboldt y Heidegger, parte de lo que él denomina la “conciencia hermenéutica”, que no es otra cosa que la conciencia de estar siempre sometidos a los efectos de la historia y a su acción, de estar situados en el horizonte de una tradición, objetivada en el lenguaje, que nos otorga de antemano un modo de estar en el mundo, de comprender la realidad.<sup>6</sup> Partiendo de esta “conciencia de nuestra determinación histórica” (*Wirkungsgeschichtliche Bewusstsein*), no existe comprensión alguna que pueda estar libre de *prejuicio*. No es posible una posición objetiva frente al texto (como pretendía la “hermenéutica romántica” de Schleiermacher, para quien el sentido de una obra ha de ser visto desde su autor, reconstruyendo el acto originario de creación<sup>7</sup>), pues nuestro acercamiento a él siempre está mediado por el presente del intérprete y las ideas en que éste ha sido formado. En este sentido, el texto no nos llega como una cosa en sí, sino arropado en la multitud de interpretaciones que ha ido recibiendo a lo largo de su historia. Estas constituyen nuestros prejuicios al acercarnos al mismo, y ellos son los que posibilitan, a la vez que limitan, su comprensión.<sup>8</sup> La práctica de la lectura no es una revivencia del pasado, sino una participación presente en eso que el texto dice, gracias a la captación de su sentido. Para la hermenéutica, el horizonte del sentido de la comprensión de un texto no puede limitarse, pues, al horizonte del autor del texto, ni de su lector originario, sino que la escritura confiere a todo texto un poder de decir y de significar que admite un número infinito de lectores y, en consonancia con lo anterior, de sentidos, que pasan a formar parte del texto en cuanto “historia de la eficiencia” (*Wirkungsgeschichte*) del mismo. Pero este poder de significación del texto solamente puede actualizarse en la medida en que el lector se pone en comunicación con él equipado con los conceptos previos y los prejuicios de su propia época. Toda interpretación se adecúa a la situación hermenéutica a la que pertenece. El comprender es, por tanto, la articulación de un doble movimiento: el de la tradición y el del intérprete. Todo encuentro con la tradición realizado con conciencia histórica lleva implícita una relación de tensión entre el texto y el presente. Y la tarea de la razón hermenéutica no consiste en disimular dicha tensión, sino en desplegarla en todo su alcance con plena conciencia de la misma, hasta el punto de que podemos decir que la tarea actual de la razón hermenéutica consiste precisamente en este punto, que recibe el nombre técnico de problema de la *aplicación*: del mismo modo que la ejecución está siempre ligada a la obra musical, ya que sin ella no tendría senti-

do, la aplicación está también esencialmente ligada a la comprensión del texto, pues comprender un texto es siempre referirlo a la propia situación.

Teniendo en cuenta el marco teórico que describíamos al principio, resultará fácil deducir las consecuencias que puede implicar la aplicación de estos conceptos de la Hermenéutica (sobre todo los de *aplicación* y *prejuicio*) al mundo de la traducción.

En primer lugar, dado que es imposible situarse de forma objetiva frente al texto original, resultará totalmente absurdo hablar siquiera de literalidad.<sup>9</sup>

Por la misma razón, es también ociosa la habitual radicalización de la diferencia existente entre la traducción literaria y la no literaria, como tan acertadamente ha sabido ver Octavio Paz:

*No digo que la traducción literal sea imposible, sino que no es una traducción. Es un dispositivo, generalmente compuesto por una hilera de palabras, para ayudarnos a leer el texto en su lengua original. Algo más cerca del diccionario que de la traducción, que es siempre una operación literaria. En todos los casos, sin excluir aquellos en que sólo es necesario traducir el sentido, como en las obras de ciencia, la traducción implica una transformación del original.<sup>10</sup>*

Por otra parte, el concepto de *aplicación* viene a solucionar la problemática que han planteado siempre los casos de traducción a una lengua de nuestros días (y para un lector de nuestros días) de obras pertenecientes a un pasado remoto o a una cultura muy alejada de aquella en que se encuentra el lector de la obra que el traductor le ofrece.

Mucho se ha discutido, ciertamente, en torno a la traducibilidad o intraducibilidad de una obra clásica. Charles Riba (traductor al catalán de Homero, Sófocles, Eurípides, Esquilo, Plutarco, etc.) en el prólogo a su segunda traducción métrica de *La Odisea*, señala dos caminos posibles en la traducción de una obra clásica: "Limitarse a mostrarlo [el poema clásico] desde lejos o esforzarse por hacerlo presente"<sup>11</sup>. En relación con aquello que se pierde al verter a una lengua de nuestros días una obra clásica, Riba señala un inconveniente para cada una de estas dos opciones:

*En los dos casos es inevitable que peligre algún elemento precioso del original, en el primero la inmediatez (...): sin ella la poesía estará sugerida, explicada, no precisamente viva en su milagro. En el segundo, el traductor imitará. Más que en el público de su poeta, a siglos de distancia, pensará en el suyo propio; atento a él, teniéndolo delante, empleará sus formas de expresión, se adaptará a sus hábitos imaginativos, buscará los efectos a los que es más sensible, en suma, hará que se haga la ilusión de que es para él para quien fue creado originariamente el poema. Pero la poesía, entonces, estará sustituida, no trasladada; rota la dura, divina unidad de la obra, el contenido irá por un lado, más o menos respetado (...) y por otro lado irá la forma.*

Tocante a la traducción de obras clásicas, Riba plantea, pues, la eterna disyuntiva entre la traducción como actividad arqueológica y la traducción como actividad creativa.<sup>12</sup> Los inconvenientes de la traducción arqueológica se suelen aceptar fácilmente, dada la obviedad del *fugit irreparabile tempus*; con respecto a la traducción creativa ya se oyen más reparos (se dice a veces que traducir una obra intraducible es crear otra nueva con ocasión de aquella...). Apoyándonos en las ideas de Gadamer, podemos aquí romper una lanza por este tipo de traducción, pues trasladar una obra clásica a otra lengua, a otro tiempo, y a otro clima cultural no entraña necesariamente un menoscabo del poema en su forma originaria, sino que cabe ver este proceso de traslación como una especie de transmigración, como un acontecimiento de la vida *post mortem* de la obra clásica; un acontecimiento, según vimos, necesario para que el texto cumpla su destino como portador de una tradición que ha de mantenerse viva en el presente. No le falta razón a Octavio Paz cuando percibe un cierto fondo de egoísmo en quienes se muestran escépticos acerca de la traducibilidad de la poesía:

*No todos comparten mis ideas y muchos poetas modernos afirman que la poesía es intraducible. Los mueve, tal vez, un amor inmoderado a la materia verbal o se han enredado en la trampa de la subjetividad.*<sup>13</sup>

Y es que una traducción es mucho más que un acto de comunicación: es (así lo afirma Heidegger en el prólogo a la traducción francesa de *Was ist Metaphysik y Vom Wesen des Grundes*) una auténtica bendición para los pueblos:

*...une traduction ne consiste pas simplement à faciliter la communication avec le monde d'une autre langue, mais elle est en soi un défrichement de la question posée en commun. Elle sert à la compréhension réciproque en un sens supérieur. Et chaque pas dans cette voie est une bénédiction pour les peuples.*<sup>14</sup>

NOTAS:

<sup>1</sup> VALENTÍN GARCÍA YEBRA (1983), *En torno a la traducción*. Madrid: Gredos. Pp. 129s..

<sup>2</sup> HANS-GEORG GADAMER (1977), *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme. P. 465.

<sup>3</sup> HANS-GEORG GADAMER, o.c., p. 462.

<sup>4</sup> HANS-GEORG GADAMER, o.c., p. 464.

<sup>5</sup> HANS-GEORG GADAMER, o.c., p. 466.

<sup>6</sup> En este contexto, Gadamer llega a decir que el ser se manifiesta o representa como lenguaje. Cuando afirma: “todo lo que puede ser comprendido es lenguaje” (Idem, o.c., p.567) no alude a que todo se reduzca a palabras. Alude a que la realidad, en la medida en que puede ser comprendida, es significativa, y la significación con que se nos presenta la realidad es dada por la tradición o el lenguaje a que pertenecemos. Nuestro acceso a la realidad está mediatizado por el lenguaje.

<sup>7</sup> Cfr. Ibid., pp. 237-252.

<sup>8</sup> Como expresa el propio Gadamer: “lo que llena nuestra conciencia histórica es siempre una multiplicidad de voces en las que resuena el pasado. Sólo en la multiplicidad de tales voces está el pasado: esto constituye la esencia de la tradición de la que somos y queremos hacernos partícipes” (Ibid., p. 333). La conciencia hermenéutica es, pues, la conciencia del hecho de que la cosa a interpretar es un evento histórico que alcanza con sus efectos también al intérprete.

<sup>9</sup> Por ello, coincidimos con Peter Newmark (cfr. Idem (1987), *Manual de traducción*. Madrid: Cátedra, pp. 18ss.), cuando afirma que, a la hora de traducir, conocer un idioma extranjero y el tema del texto no es tan importante como saber apreciar la lengua y escribir el idioma materno correcta, clara, económica y hábilmente. Escribir bien significa ser capaz de usar las palabras apropiadas, en el orden apropiado, para describir lo que se desee; significa tratar constantemente de mejorar la forma de escribir -porque una traducción nunca está acabada- y de ampliar tanto el vocabulario en la lengua materna como en la extranjera. Un traductor debe tener tacto y gusto para saborear su propia lengua, o un “sexto sentido” que no tiene nada de místico, sino que es una mezcla de inteligencia, sensibilidad e intuición, aparte de conocimiento. Y si no existe una traducción perfecta, si un buen traductor no está nunca contento con su versión, es porque está siempre ampliando conocimientos y mejorando su manera de expresarse.

<sup>10</sup> OCTAVIO PAZ (1990), *Traducción: literatura y literalidad*. Barcelona: Tusquets. Pp. 13s.

<sup>11</sup> CHARLES RIBA (1953), *L'Odisea. Novament traslladada en versos catalans*. Barcelona: Alpha.

<sup>12</sup> Ya Schleiermacher (*Über die verschiedenen Methoden des Übersetzens*) hablaba de dos únicas respuestas posibles para el problema de la traducción: o bien dejar al autor lo más tranquilo posible y hacer que el lector se acerque al autor (“extranjerizar” el texto), o bien hispanizar, naturalizar el original, hacer que el lector olvide que se trata de una traducción.

<sup>13</sup> OCTAVIO PAZ, o.c., p. 15.

<sup>14</sup> “Traducir no consiste simplemente en facilitar la comunicación con el mundo de otra lengua, sino que es en sí una roturación de la cuestión planteada en común. Sirve a la comprensión recíproca en un sentido superior. Y cada paso dado en esta vía es una bendición para los pueblos”. (MARTIN HEIDEGGER (1951), *Qu'est-ce que c'est la Metaphysique*. Paris: Gallimard.)

**BIBLIOGRAFIA:**

- GADAMER, HANS-GEORG (1977). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.  
GARCÍA YEBRA, VALENTÍN (1983), *En torno a la traducción*. Madrid: Gredos.  
HEIDEGGER, MARTIN (1951), *Qu'est-ce que c'est la Metaphysique*. Paris: Gallimard.  
NEWMARK, PETER (1987), *Manual de traducción*. Madrid: Cátedra.  
PAZ, OCTAVIO (1990), *Traducción: Literatura y literalidad*. Barcelona: Tusquets.  
RIBA, CHARLES (1953), *L'Odissea, Novament traslladada en versos catalans*. Barcelona: Alpha.